

La muerte es escena:

o sus dimensiones múltiples a partir del
este y sur de África central

*Death is scene: or its multiple dimensions from East
and South of central Africa*



KALUSA, Walima & VAUGHAN, Megan. Death, Belief and Politics in Central African History. Lusaka: Lembani Trust, 2013. 384p

El libro traza una historia de la muerte en el este y sur de África central en el curso del siglo XIX y el siglo XX. Apoyados en un corpus documental profuso y diverso, el historiador Kalusa y la historiadora Vaughan nos ofrecen un fascinante análisis de la muerte en sus dimensiones múltiples: político, social, cultural. No se trata de proponer un abordaje autónomo de cada uno de estos aspectos sino, y posiblemente sea esta una de las mayores virtudes del libro, de descubrir y explicar sus complejas articulaciones y rearticulaciones. Esta propuesta metodológica y conceptual se encuentra en los nueve capítulos que componen el libro. Cada uno de los capítulos puede leerse de manera autónoma – algunos fueron previamente publicados en journals –, pero se hilvanan y refuerzan entre sí y, todos juntos, pretenden participar del debate sobre la “secularización” y “modernización de la muerte”.

El primer capítulo escrito por Vaughan se sitúa a fines del siglo XIX e inicios del siglo XX. Puntualmente pone el foco en el accionar de los “White Fathers” cristianos en Zambia en

* Doutora em História e Civilizações pela École des Hautes Etudes en Sciences Sociales (EHESS), França. Professora Associada da Universidad Nacional de General Sarmiento (UNGS), Argentina. Investigadora do Instituto de Ciências da mesma universidade e do Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas (Conicet). CV: <https://ar.linkedin.com/in/sandra-gayol>

el marco de la dominación colonial. La estrategia de los misioneros de convertir primero a las elites políticas – los jefes Bemba del Clan Cocodrilo – así como de asistir a los enfermos y moribundos generó conflictos, agresiones, violencia, por supuesto. Pero, más importante, puso al descubierto el hiato entre la dimensión emocional del sistema espiritual dominante en Zambia y el de los evangelizadores occidentales. La presencia de los espíritus de la muerte en la vida cotidiana de los vivos era un obstáculo para la conversión cristiana. El capítulo dos también escrito por Vaughan incursiona en las tensiones que se generaron cuando los misioneros intentaron controlar el baile y la bebida que acompañaban los ritos mortuorios, y cuando construyeron cementerios – a la manera occidental – alejados de las ciudades. El intento de romper las conexiones rituales entre la vida y la muerte, y entre la muerte y la sexualidad articula el capítulo y, especialmente la relación entre muerte y sexualidad, surcará prácticamente todo el libro. En el capítulo tres escrito por Kalusa se muestra cómo, liderados por migrantes de Malawi, los habitantes urbanos de Copperbelt incorporaron el cristianismo en un set elaborado y compartido de prácticas mortuorias que implícitamente, y en ocasiones explícitamente, resistía el imperativo colonial y, fundamentalmente, a sus agentes: las autoridades. El autor sostiene que desafiar los caminos tradicionales hacia la muerte era un acto profundamente político. Desafiar los caminos preexistentes hacia la muerte era parte de una lucha más amplia: la de la emergencia de una elite urbana africana que se opusiera a los intentos de las autoridades coloniales de extender en Copperbelt el ritual de las autoridades tradicionales. En el contexto de la política urbana de Zambia, al final del período colonial, no sorprende que la decisión de exhumar y relocalizar cadáveres desde el cementerio de África en 1956 sea percibido como un ultraje a la nación. El capítulo cuatro permite ver cómo una nueva elite despliega su estatus a través de costosos y suntuosos funerales. Esta exhibición y ostentación mortuoria no sólo generó tensiones y divisiones intraelites sino también con la mayoría de la población. Como muestra Kalusa en el capítulo cinco, los cementerios fueron espacios cruciales para la emergencia de los partidos políticos a fines de los años '50 del siglo XX. Los funerales de los líderes políticos se convirtieron en espacios de formación política superponiendo así este rol con el que venían manteniendo desde tiempos pre-coloniales. El tiempo y el dinero destinado a los funerales, que despertaron las condenas más acérrimas de los europeos, muestra de manera ejemplar la pregnancia de la muerte en la vida social y política africana. En el capítulo seis Kalusa se detiene en el análisis del asesinato en 1960, en manos de los militantes nacionalistas, de la europea blanca Lilian Burton. Esta muerte violenta no sólo profundizó la brecha entre "blancos" y "negros" en Zambia colonial, sino que también abrió fisuras en las comunidades blancas – entre conservadores y liberales – y entre negros nacionalistas "moderados" y negros más radicales. Mientras que los nacionalistas conservadores buscaron capitalizar la muerte para desafiar tanto al poder colonial británico como al nacionalismo africano; los liberales blancos, por su parte, vieron la muerte como una oportunidad para mejorar las relaciones raciales. Esta política racial de la muerte se encuentra también en los capítulos siguientes, que son los finales del libro. En el siete Vaughan se detiene en el análisis del suicidio. Históricamente la tasa de suicidios en las sociedades africanas, sostiene la autora, han sido consideradas bajas. Esta convicción, afirma, es una asunción y no un hecho. Ante la



dificultad de conocer las cifras, ante la ausencia de estadísticas confiables, Vaughan propone una historia intelectual del suicidio en África con particular énfasis en el legado de la psiquiatría colonial. Es un estudio sobre el final de la dominación colonial en Malawi pero atento también al análisis de evidencia más reciente: un incremento en los últimos años de las tasas de suicidio en el este, sur y centro de África. El suicidio contemporáneo, propone, debe ser entendido como un síntoma de cuestiones políticas, morales y sociales. El capítulo ocho, también bajo la autoría de Vaughan, transita la muerte materna en el Malawi contemporáneo que tiene las tasas de mortalidad materna más altas del mundo. El análisis examina políticas públicas recientes y echa luz sobre una larga historia de culpa y responsabilidad moral. Explora el legado de las intervenciones coloniales, la emergencia de nuevas categorías para nombrar y clasificar, y señala el pasaje de la responsabilidad exclusiva y excluyente en la sexualidad femenina, pasando por una compartida aunque de manera desigual entre mujeres y hombres, hasta su instalación como problema en el discurso político internacional de los derechos humanos y el desarrollo. Atacar las altas tasas de mortalidad materna en Malawi ha devenido un asunto político urgente. El último capítulo pone el eje en las muertes recientes de dos presidentes y en su proceso de memorialización. En un contrapunto muy sugerente entre la muerte en 1997 del primer presidente de Malawi, Hastings Kamuzu Banda y la del tercer presidente del país, en 2012, Bingu wa Mutharika, Vaughan se pregunta qué clase de vida política animan estos cadáveres. Estudiando ambos funerales y también los gigantescos y lujosos mausoleos que albergan sus cuerpos muertos, descubre rupturas y continuidades en las prácticas mortuorias. Afirma que el uso de los mausoleos es nuevo, pero que la existencia de diferentes versiones, e incertezas, sobre las causas de estas muertes se inscriben en una práctica cultural de más larga duración. La yuxtaposición de elementos, "viejos y nuevos", de rasgos culturales mezclados con tradiciones políticas y/o con prácticas sociales o sistema de creencias; persisten y ofrecen una coherencia al libro.

La muerte fue, y tal vez siga siendo, un tópico que despertó muchísimo interés entre los antropólogos sociales y culturales. Son conocidas varias etnografías que, especialmente a partir de la segunda posguerra, analizaron el sistema de creencias africano. También son numerosas las contribuciones derivadas del HIV-AIDS. En los últimos años, además, se ha prestado atención a la historia de las prácticas mortuorias en África en relación con los cambios demográficos, la urbanización, las intervenciones coloniales y la disponibilidad de nuevas tecnologías. El libro de Kalusa y Vaughan reconoce estos antecedentes pero refuta especialmente, según sus propias palabras en la introducción del libro, las "interpretaciones apresuradas". El contrapunto mayor es sin duda con la antropología, con sus monografías no sólo acotadas en el espacio sino también en el tiempo. La rigurosa introducción que abre el libro no alcanza para dejar en claro estas disonancias, no basta para explicitar las diferencias interpretativas y analíticas. Llama la atención que un libro tan complejo y ambicioso carezca de una conclusión que hubiese permitido a los autores, y especialmente a los lectores seguir y no, como acontece por momentos, adivinar o suponer los debates entre expertos africanistas. Poner sobre la mesa este debate les hubiera permitido practicar efectivamente un propósito que plantean en la introducción y que, en mi lectura, se pierde en los diferentes capítulos:



insertar una historia de la muerte en África en la historia global de la muerte.

Recebido em: 24 de abril de 2017.

Aprovado em: 22 de novembro de 2017.

